

Hubo una vez un rey cuya mirada sobrecogía a quienes por primera vez se presentaban ante él; un rey que gobernó un gran imperio, extendido sobre “tierras firmes e islas” de los cuatro continentes conocidos, divididas por mares y océanos del mismo color azul grisáceo que sus ojos. Tan grandes eran sus posesiones que nunca pudo verlas todas en persona, pero sí leyó decenas de miles de cartas y de libros, donde los monumentos, los paisajes y los deseos y problemas de sus habitantes se materializaban ante su mirada día tras día. Sus ojos, al leer, no eran menos escrutadores que ante cualquiera de sus súbditos. Cuentan que santa Teresa de Jesús palideció en su audiencia ante el monarca, pero no fue la única. Los contemporáneos describen como los predicadores enmudecían, los suplicantes se tiraban al suelo y los hidalgos olvidaban (ante aquella mirada) el negocio que los había traído hasta el monarca. Con un “Sosegaos”, y desviando la mirada hacia un lateral de la sala, respondía para tranquilizarles. Su semblante mayestático infundía temor, más que respeto. No en todos los retratos de Felipe II es posible hacerse una idea de este efecto. En el conocido lienzo de Sofonisba Anguissola, pintado hacia 1573, el rey, aunque vestido de negro y tocado con su característico sombrero, tiene un aspecto cercano a la benevolencia. Sin embargo, basta contemplar los retratos de su hermana Juana para hacerse una idea bastante aproximada de cómo podía llegar a ser la mirada de su hermano, que tanta turbación provocaba en sus interlocutores. Los retratistas del rey, o no se encontraron con esa actitud en Felipe II, o la disimularon, pero casi parece como si Juana (por otro lado nada severa en la intimidad), gustara en adoptar para sus retratos una imagen fría y casi despectiva, concentrada en el sesgo de sus ojos. Hagan la prueba.

Tantos testimonios al respecto nos permiten suponer que la mirada de Felipe II era (en efecto) el reflejo más público y evidente de su personalidad o

como dijera el clásico “*Oculi speculum animae sunt*”. No parece por ello casual que en todos los retratos conservados del monarca (desde el que le pintara Tiziano en 1550 hasta el que realizara Pantoja de la Cruz en 1597) sus autores hagan siempre hincapié en la expresividad de sus ojos, severos y altivos en el primer lienzo, acuosos y melancólicos en el último. Pero en estos retratos descubrimos también un detalle sobre el que hasta ahora no se había llamado la atención. El rey español siempre mira al espectador desde el terso lienzo o dura tabla en que ha sido plasmado su rostro. No se trata del efecto de una determinada moda artística, sino del reflejo que su propia mirada también ejercía sobre sus pintores. Ellos, mejor que nadie, fueron conscientes de la singularidad de aquellos regios ojos. El contraste con las representaciones pictóricas de su padre, el emperador Carlos V, es muy acusado. Éste siempre aparece mirando hacia un horizonte indefinido, lo que da a sus retratos la apariencia de imágenes atemporales. Su hijo Felipe, sin embargo, “observa” a los espectadores de sus retratos con insistencia, unas veces con fiera (Antonio Moro), otras con bondad (Sofonisba Anguissola), otras con tristeza (Juan Pantoja de la Cruz). Bien lo sabe quien escribe estas líneas, pues en su despacho como Secretario de la Facultad de Ciencias de la Documentación cuelga una copia del *Felipe II, con la armadura de San Quintín*, de Moro. Pues bien, aunque el cuadro está situado en un lateral de la habitación, el rey nunca deja de mirarme. Sospecho que era un efecto deseado por él mismo. Se dice que “se quitava la gorra” ante los retratos o efigies de sus antepasados, reyes de Castilla o de Aragón. Con sus propias representaciones pictóricas logró plasmar la misma idea de respeto y de “vida” más allá de la muerte.

Se han hecho muchos “retratos biográficos” de Felipe II, en los que su personalidad y su reinado han sido “mirados” con no menos fijeza. La principal pretensión de esta biografía de Felipe II ha sido, sin embargo, siempre divulgativa, ofreciendo al lector de principios del siglo XXI una perspectiva accesible y actual de la vida y reinado de este monarca español. Para ello, se ha tratado de hacer compatible el rigor histórico con un planteamiento casi literario de la Historia, en el que la prosa narrativa no se ha puesto al servicio del dato documentado ni del gran evento político o bélico, sino de la anécdota o del texto relevante. En consecuencia, el hilo conductor de los capítulos que componen

esta obra ha sido el propio biografiado, y esto en todas las dimensiones posibles, como, por ejemplo, la de la edad. El príncipe ha ocupado tanto espacio como el rey, pues, ¿cómo comprender que empezó a reinar con casi treinta años, sin atender al niño, al adolescente y al joven heredero previos? De igual manera, se ha buscado favorecer en la narración de su reinado una perspectiva cronológica novedosa, en la que no son los hechos históricos, sino las vivencias íntimas del monarca, las que dan estructura a la biografía. Este tratamiento literario, personal y divulgativo nos ha llevado a reducir la inclusión de notas a pie de página. Para el buen conocedor de la historia de España en la Edad Moderna, o del reinado del llamado rey Prudente, la procedencia de la mayor parte de las citas no es desconocida, y para el lector que se haya acercado a estas páginas con el único deseo de conocer o de entretenerse, le bastará con cerrar el volumen con la sensación de haber visto cumplidas sus expectativas.

Ahora bien, si entre ellos hubiera quien deseara saber más, aquí van algunas explicaciones sobre la bibliografía y las fuentes documentales empleadas. Debemos iniciar este recorrido citando aquellas biografías anteriores de Felipe II que han modelado nuestra propia visión del monarca. En primer lugar, se hallan las dos publicadas por Geoffrey Parker: *Felipe II* (Madrid, 1984), en edición de bolsillo, y *Felipe II. La biografía definitiva* (Madrid, 2010), y a continuación las de Manuel Fernández Álvarez: *Felipe II y su tiempo* (Madrid, 1998), Henry Kamen: *Felipe de España* (Madrid, 1997) y la de Peter Pierson, con el mismo título (México D. F., 1984). Para los capítulos sobre la infancia y juventud del monarca (del 1 al 9) ha sido fundamental la consulta de la sección “Casa y Sitios Reales” del Archivo General de Simancas, así como de los libros del entonces príncipe que se conservan en la actualidad en la Real Biblioteca de El Escorial. Existe también una bibliografía que se inicia con la notable y pionera obra de José María March: *Niñez y juventud de Felipe II. Documentos inéditos sobre su educación civil, literaria y religiosa y su iniciación al gobierno (1527-1547)* (2 vols., Madrid, 1941-1942), y que concluye con los trabajos de quien escribe estas líneas: *La “Librería rica” de Felipe II. Estudio histórico y catalogación* (Madrid, 1998), *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546)* (Madrid, 1999), *Regia Bibliotheca. El libro en la corte española de Carlos V* (Mérida, 2005) y *Felipe II. La educación de un “felicísimo príncipe” (1527-1545)* (Madrid, 2013). Muchas de las noticias

que en esta biografía se narran sobre los primeros treinta años de la vida del Rey Prudente proceden de los documentos y estudios monográficos citados. Sobre el reinado y vida de Carlos V se han empleado, y deben citarse con admiración, las obras de Manuel Fernández Álvarez: *Corpus Documental de Carlos V* (Salamanca, 1973, reeditado por la Academia Europea de Yuste en 2000) y *Carlos V. El César y el hombre* (Madrid, 1998). Sobre la emperatriz Isabel, madre de Felipe II, existen dos biografías muy separadas en el tiempo, la de M^a del Carmen Mazario Coletto: *Isabel de Portugal, emperatriz y reina de España* (Madrid, 1951), y la de Alfredo Alvar Ezquerro: *La emperatriz Isabel. Amor y poder en la España de Carlos V*, de muy reciente publicación (Madrid, 2012). Acerca de la formación artística del monarca son de consulta imprescindible las obras de Fernando Checa Cremades: *Felipe II. Mecenas de las Artes* (Madrid, 1992) y *Los Inventarios de Carlos V y la familia imperial* (Madrid, 2010).

Para los capítulos de su reinado se ha consultado documentación de varias secciones del Archivo General de Simancas (como “Estado” y “Guerra”), pero se ha priorizado la búsqueda de noticias inéditas en los archivos madrileños del Instituto de Valencia de Don Juan y de la Biblioteca Francisco Zabálburu, que conservan una porción muy importante del llamado Fondo Altamira, en gran parte procedente del archivo personal del “archisecretario” de Felipe II, Mateo Vázquez de Leca. Sobre la política seguida por el rey son de consulta fundamental los trabajos de José Martínez Millán: *La corte de Felipe II* (Madrid, 1994) y del mismo en colaboración con C. J. de Carlos Morales: *La configuración de la Monarquía Hispana* (Salamanca, 1998), de Mía Rodríguez Salgado: *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo* (Barcelona, 1992), de José Antonio Escudero: *Felipe II. El rey en el despacho* (Madrid, 2002) y de Santiago Martínez Hernández: *El Marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro* (Salamanca, 2004). Acerca del traslado de la corte a Madrid la obra de Alfredo Alvar Ezquerro: *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606* (Madrid, 1989) es de lectura ineludible. Y sobre la actividad cultural en su corte deben citarse los trabajos de Fernando J. Bouza Álvarez, como *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II* (Madrid, 1988), o “Corre manuscrito”. *Una historia cultural del Siglo de Oro* (Madrid, 2001).

Con respecto a la dimensión militar de su reinado, puesto que las batallas no han sido el principal interés que ha guiado nuestra pluma, citaremos únicamente una pieza de investigación que siempre nos maravilló por su conjunción entre historiografía militar y arqueología submarina; nos referimos al trabajo de Colin Martin y Geoffrey Paker: *La Armada. 1588* (Madrid, 1988). Por último, queremos concluir esta nota bibliográfica destacando las obras que más han contribuido a divulgar la faceta humana del monarca, a través de su vida familiar. La edición por F. J. Bouza Álvarez de las *Cartas de Felipe II a sus hijas* (Madrid, 1988) suele ser citada con justicia en este ámbito, pero antes de él habría que referirse también a Luis Próspero Gachard, con su *Don Carlos y Felipe II* (Madrid, 1984; la primera edición francesa es de 1863), o al padre March y su ya citada *Niñez y juventud* (1941-1942). De muy interesante lectura es también a este respecto la obra de Antonio Martínez Llamas: *Isabel de Valois, reina de España. Una historia de amor y enfermedad* (Madrid, Temas de Hoy, 1996).

Con estos mimbres se ha compuesto, estimado lector, el libro que ahora inicias. No fue Felipe II un monarca demasiado dado a desvelar sus sentimientos. Su secretario Mateo Vázquez escribía en 1582: “son estas cosas de solo el pecho de su mag. y de su pensamiento, a donde no se entra sino quando y como él es seruido” (IVDJ, Envío 15, I, doc. 58). Afortunadamente, ningún otro monarca ha dejado tantos testimonios escritos de su manera de pensar, gobernar y sentir como Felipe II. Reunirlos todos es una tarea titánica, y ciertamente imposible. No se ha escrito esta biografía con tal pretensión. Al contrario se ha buscado reunir en sus páginas sólo lo más esencial, reduciendo el espacio dado a los grandes hechos políticos, y dando un lugar relevante a otros aspectos (muchos desconocidos e inéditos), que el monarca guardó en su pecho. Ante su mirada transcurrió buena parte del siglo XVI, período del que fue uno de los más destacados protagonistas. Si su lectura te es provechosa y amena no concedas todo el mérito al autor, sino que otorga siempre buena parte del mismo a aquellos que le antecedieron en el estudio de Felipe II. Y si de alguna noticia aquí reflejada no hayas referencia fidedigna, no desesperes sobre su origen o autenticidad, pues de ella falta todavía que el descubridor de la misma, abrumado por otros quehaceres, tenga el tiempo de darla a la estampa con el rigor que merece. Al autor, como ya le conoces, dale crédito pues otros lo hicieron en circunstancias

semejantes, y de entre ellos permítame que en esta ocasión únicamente nombre a quienes, con su confianza e industria, han dado forma a este “librillo”; se llaman José Manuel Prieto Bernabé y Ramón Alba, editores. Ellos han logrado que un volumen, que durante siete años sólo fue un sueño, haya llegado a tus manos como parte tangible de la Historia y de la mirada de un rey, a cuya benevolencia, por último, también recurro. No en vano espero contar con ella de igual manera que cuando se le denunció que algunos pintores vendían retratos suyos de mala calidad y escasa fidelidad, respondió: “Dejadles que ganen de comer pintando nuestros retratos y no nuestras costumbres”.